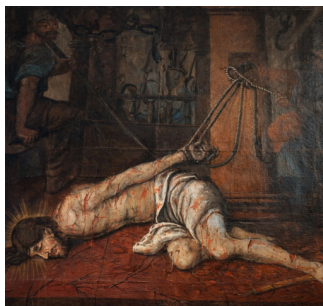




2.º Misterio doloroso: la flagelación

Fruto del misterio: la mortificación de los sentidos

Para meditar sobre la flagelación, hay que dejar de lado toda falsa pudor ante la realidad de los sufrimientos padecidos por Nuestro Señor. Tal actitud sería, de hecho, una cobardía por nuestra parte, pues en esta escena insoportable no somos simples espectadores lejanos, sino protagonistas de primer orden. Por nuestros pecados, fuimos nosotros quienes hicimos sufrir todo esto a Jesús. Comencemos, pues, a meditar este misterio de la flagelación aceptando ver su cruel realidad, gracias a la visión de la beata Ana Catalina Emmerich:



«Nuestro Salvador, el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, se retorció y se contorsionaba como un gusano bajo los golpes de esos miserables; sus gemidos suaves y claros se oían como una oración afectuosa bajo el ruido de las varas de sus verdugos. (...) El cuerpo del Salvador estaba cubierto de manchas negras, azules y rojas, y su sangre corría por el suelo; Temblaba y su cuerpo se agitaba con movimientos convulsivos. (...) Nuevos verdugos golpearon a Jesús con látigos: eran correas en cuyos extremos había ganchos de hierro que arrancaban trozos de carne a cada golpe. (...) Su furia

aún no estaba saciada: desataron a Jesús y lo ataron de nuevo, de espaldas a la columna. Como ya no podía sostenerse, le pasaron cuerdas por el pecho, bajo los brazos y por debajo de las rodillas, y le ataron también las manos detrás de la columna. Todo su cuerpo se contraía dolorosamente: estaba cubierto de sangre y heridas. Entonces se abalanzaron de nuevo sobre él como perros rabiosos. Uno de ellos sostenía una vara más flexible, con la que le golpeaba el rostro. El cuerpo del Salvador no era más que una llaga; miraba a sus verdugos con los ojos llenos de sangre y parecía pedir clemencia; pero su furia se redoblaba, y los gemidos de Jesús se hacían cada vez más débiles. (...) La horrible flagelación duró cerca de tres cuartos de hora. (...) Vi en varias ocasiones, durante la flagelación, a ángeles llorando que rodeaban a Jesús, y oí su oración por nuestros pecados, que se elevaba constantemente hacia su Padre en medio de la lluvia de golpes que caían sobre él.»

Tomar conciencia de lo que supuso la flagelación, en la que Jesús recibió más de mil golpes durante casi una hora, es sin duda angustioso, pero no tiene por qué paralizarnos, sino todo lo contrario. Al igual que en Fátima, donde la Santísima Virgen quiso marcar a los pequeños videntes mostrándoles el infierno, esta visión de Cristo desgarrado por todas partes está pensada para sacudirnos, para darnos una sacudida eléctrica. Todos debemos decirnos: en el momento en que el dolor de cada golpe lo invadía, él me veía detrás del verdugo ofendiéndolo con mis pecados. Tal consideración es un medio poderoso contra nuestra debilidad, nuestra tibieza, y nos da el impulso para desear ardientemente convertirnos.

Por supuesto, no hay que quedarse ahí, y tras la violencia de la flagelación, hay que contemplar a continuación el amor infinito de Jesús por mí. Es descendiendo con Él al abismo de Su sufrimiento como podemos comprender la potencia de Su Amor. ¿Cómo mi Divino Maestro, soportando tal cosa, pudo seguir perdonándome y, sobre todo, se alegró en lo más profundo de su ser de poder redimirme? ¿Cómo es posible tanto amor de mi Creador en medio de tantos sufrimientos? ¿Cómo puede querer ser Aquel que más ha sufrido en el mundo si no es para mostrarnos que Él es Aquel que más ama? Contemplar tal amor debe dejarnos sin aliento. Y es ahí donde podemos entonces empezar a amarlo de verdad, con profunda admiración e inmensa gratitud. Es por este amor verdadero hacia Él por lo que podremos convertirnos y ofrecerle nuestras propias cruces, alegrándonos de asociarnos a Sus sufrimientos para reparar nuestras faltas y las de los demás. Eso es lo que hicieron todos los santos.

Algunos dirán: pero ¿por qué sufrir? ¿Por qué es imposible ir al Cielo sin esfuerzo? ¿Es ese el plan de Dios? La respuesta es sencilla: no es por culpa de Dios que sufrimos, sino por nuestra propia culpa. San Alfonso de Liguori lo resumió en unas pocas frases: *«Guardémonos de pensar que Dios disfruta de nuestros sufrimientos; no es de un carácter tan cruel como para complacerse en ver los dolores y oír los gemidos de sus criaturas. Es un Maestro de infinita bondad, que solo desea vernos plenamente satisfechos y felices; es toda dulzura, toda afabilidad, toda compasión hacia quienes le invocan (Sal 85, 5). Pero nuestra desdichada condición de pecadores y la gratitud que debemos a Jesucristo exigen que,*

por amor a Él, renunciemos a los placeres de este mundo y que abracemos de buen corazón la cruz que Él nos da a llevar en esta vida, para seguirle por el camino en el que Él nos precede, cargado con una cruz mucho más pesada que la nuestra; todo ello, para hacernos disfrutar, tras nuestra muerte, de una vida bienaventurada que nunca terminará. Dios, pues, no ama vernos sufrir; pero, como es la Justicia soberana, no puede dejar impunes nuestras faltas; (...) quiere que, al sufrir con resignación, purifiquemos nuestras conciencias y merezcamos ser eternamente felices». Y para hacérselo bien comprender, envió a su propio Hijo para redimirnos y mostrarnos el ejemplo de la obediencia hasta la cruz.

Y el gran santo continúa: *«Los placeres carnales arrastran al infierno a una multitud innumerable de almas; hay que tomar la resolución de despreciarlos con una constancia invencible. Estemos convencidos de que, si el alma no somete al cuerpo, será el cuerpo el que someta al alma. Por lo tanto, repito, hay que hacerse violencia a uno mismo para salvarse. Pero, dirá alguien, no soy capaz de ello si Dios no me fortalece con su gracia. San Ambrosio le responde: «Bien dices: si te fijas en tus propias fuerzas, no puedes hacer nada; pero, si pones tu confianza en Dios, pidiéndole que te ayude, Él te dará la fuerza para resistir a todos tus enemigos del mundo y del infierno».*

Entonces, la verdadera pregunta no es cómo llevar nuestra cruz, sino cómo poner nuestra confianza en Dios para aceptarla. Es de nuevo San Alfonso quien nos da la respuesta: *«Para sufrir con resignación y en paz los males presentes, no basta con pensar de pasada, y solo algunas veces al año, en la pasión de Jesucristo; hay que reflexionar sobre ella a menudo y echar al menos cada día una mirada a los dolores que Nuestro Señor sufrió por amor a nosotros. »* Así, las peticiones de los Corazones de Jesús y María nos llevan **cada comienzo de mes** a una especie de Triduo Pascual: la hora santa del jueves que nos une a la agonía de Jesús; la comunión del primer viernes que nos une al Viernes Santo; y, por último, los Primeros sábados del mes que nos recuerdan los sufrimientos de la Santísima Virgen durante la Pasión y en su agonía del Sábado Santo. Gracias a este retorno, cada comienzo de mes, a los sufrimientos de Jesús y María y a su amor por nosotros, podemos recomponernos y recuperar fuerzas para vivir santamente cada nuevo mes que comienza. He aquí la razón de ser y la síntesis de las peticiones formuladas durante las apariciones de Paray-Le-Monial y Fátima.

¿Parece esto demasiado duro para nuestras pequeñas existencias ablandadas? San Alfonso nos plantea entonces la pregunta: *«Así pues, mientras que Jesús, inocente, santo, Hijo de Dios, quiso sufrir durante toda su vida, ¿buscamos nosotros los placeres y el descanso? Mientras que Él, para enseñarnos la paciencia con su ejemplo, quiso llevar una vida llena de ignominias y sufrimientos, tanto externos como internos, ¿queríamos nosotros salvarnos sin sufrir? (...) Pero, ¿cómo podríamos pensar que amamos a Jesucristo, si nos negamos a sufrir por amor a Jesucristo, que tanto sufrió por amor a nosotros? ¿Cómo podremos gloriarnos de ser discípulos de Jesús crucificado, si rechazamos o soportamos con repugnancia los frutos de la cruz, tales como los sufrimientos, las humillaciones, la pobreza, los dolores, las enfermedades y todo lo que contraria el amor propio?»*

Por último, detengámonos un momento en un aspecto que a menudo se olvida al meditar sobre la flagelación: los sufrimientos de la Santísima Virgen. En efecto, Ella estaba presente. Fue allí donde su Corazón de Madre, ya afligido por los primeros acontecimientos de la Pasión, se sumió en dolores sobrehumanos. Ana Catalina Emmerich los describe brevemente: *«Vi a la Santísima Virgen en éxtasis continuo durante la flagelación de nuestro divino Redentor; ella vivió y sufrió interiormente, con un amor y un dolor indecibles, todo lo que sufría su Hijo. A menudo salían de su boca débiles gemidos; sus ojos estaban enrojecidos por las lágrimas».* Luego se desmayó. *«María, al volver en sí, vio a su Hijo, todo desgarrado, conducido por los soldados: Él se secó los ojos llenos de sangre para mirar a Su Madre. Ella extendió las manos hacia Él...»* Oh, Nuestra Señora, esto es lo que también os hemos hecho a vos. Y a pesar de ello, no cesáis de amarnos con vuestro Corazón maternal, haciendo todo lo posible por llevarnos al Cielo para la eternidad. Cuando tendrías todo el derecho a pedirnos mucho para reparar el dolor que te hemos causado, por el contrario, buscas asegurar nuestra salvación facilitándonos las cosas lo más posible. En particular, para obtener la gracia de la perseverancia final e ir al Cielo, solo nos pides que te dediquemos un poco de tiempo cinco Primeros sábados del mes seguidos... ¡Qué Madre tan admirable eres!